

apresurar este resultado tan deseado, por nuestras oraciones, por la union de las almas y por el ejercicio de todas las virtudes cristianas.»

Despues de esta alocucion, el Santo Padre ha preconizado a los nuevos arzobispos y obispos, entre los cuales se cuentan Mr. Hugonin para el obispado de Bayeux, y Mr. Gros para el obispado de Tarento en Saboya; y en Italia, Mr. Rosati, promovido al arzobispado de Turin, vacante hacia ya diez años por la muerte de Mr. Fransoni, muerto en Lyon despues de ocho años de destierro. Hacia, pues, diez y ocho años que la capital del Piamonte no recibia la bendicion de su arzobispo. Así lo quiere la libertad de conciencia, tal como la entiende la escuela mas ardiente del libre pensamiento.

—Se escribia de Roma el 23 de Abril de 1867, las siguientes líneas: Salvo muy raras excepciones, los obispos nombrados por Pio IX en Italia han sido acogidos con las muestras de la veneracion mas profunda. A este propósito se leía ayer en el Organó oficial de la Santa Sede, un artículo concebido en estos términos:

“Las cartas que hemos recibido con motivo de la recepcion hecha a la mayor parte de los nuevos obispos italianos, demuestran cuán arraigadas están aún la fe y la adhesion a nuestra santa religion en el seno de las poblaciones de la Península. Este hecho, que consolará a los hombres religiosos, es muy propio para probar a los que gobiernan la Italia, que un pueblo que quiere ser católico, no podrá ser gobernado en olvido de Dios y de su religion y en el odio de los ministros del santuario.”

El Santo Padre ha experimentado un inmenso consuelo al recibir estas cartas. Las esperaba con impaciencia.

Los diarios (pues por este conducto sabemos la mayor parte de los rasgos de la generosidad de Pio IX) refieren que Su Santidad provée al sostenimiento de los obispos que se encuentran en la necesidad.

Palabras de Pio IX al jóven Mortara.

Un judío de Bolonia, no teniendo en cuenta la ley que le prohibia tener a su servicio una criada cristiana, ha visto a su hijo en peligro de muerte bautizado por ésta. El Papa ha tomado bajo su proteccion a este niño cristiano hasta la edad en que gozando de su plena razon, pueda decidir libremente si quiere permanecer en la Santa Iglesia donde ha sido introducido por el bautismo.

La chusma de liberales, enemigos de la Iglesia, se posesionó de este hecho de por sí tan sencillo, a fin de vomitar toda suerte de injurias y calumnias contra el Santo Padre, que tuvo la crueldad de tomar este niño bajo su proteccion, y de hacerlo educar a sus expensas.*

Los judíos y los revolucionarios, ignorando sin duda lo que es un Papa, esperan intimidarlo y hacerle renunciar sus derechos. Pero el Soberano Pontífice ha contestado los

* No se ha retrocedido ante ningun escándalo a fin de amotinar al populacho contra el Soberano Pontífice. La posteridad tendrá trabajo en creerlo: ha habido un hombre que, a pesar de la posicion oficial é importante que ocupaba, no ha temido fabricar para los teatros de los barrios una especie de comedia (*La Tireuse de cartes*), en la cual, parodiando la conducta tan noble del Vicario de Jesucristo, ha tratado de arrojar el ridículo sobre su persona sagrada, y de calumniar sus intenciones.

Ved aquí cómo un docto y esforzado prelado Mr. Gaume, ha hablado de este hecho en su último opúsculo sobre el Credo:

«Cuando se ha querido popularizar el odio y el desprecio del Santo Padre, del dulce y augusto Pio IX, se le ha ridiculizado en el teatro. Durante *cientos seis* representaciones, una comedia muy famosa lo ha representado como un tirano, que hollando los derechos sagrados de la autoridad paterna, merece el vituperio de los unos, el odio de los otros, el desprecio de todos. Cien veces engañados los espectadores, han manifestado sus disposiciones hostiles con enérgicas reprobaciones y con lágrimas de compasion sobre las pretendidas víctimas del despotismo pontificio.» (Página 57.)

« La gran solemnidad de Pascua se ha concluido sin que ningun incidente haya venido a turbarla. Las tribunas estaban llenas con las señoras de la mas alta calidad. Diplomáticos, oficiales, funcionarios de todos los países, vestidos con uniformes los mas diversos, poblaban los puestos reservados. La familia de Nápoles, el rey de Baviera y el príncipe Othon; los príncipes de Oldembourg, el sobrino del virey de Egipto, Ismael Pachá, etc., se encontraban en la tribuna real.

« El día de Pascua, en la bendicion, la plaza de San Pedro estaba literalmente cubierta de gentes de a pié, y carruajes que rodeaban a la guarnicion de Roma formada alrededor del obelisco.»

La bendicion que da el Papa el Juéves Santo y el día de Pascua, desde lo alto del pórtico superior de la basilica, y que se llama comunmente en Francia, *Benedictio urbi et orbi*, produce una impresion a la que ninguno resiste. Pio IX a pesar de sus setenta y cinco años, pronuncia las palabras de la fórmula con un vigor de voz admirable; porque a la extremidad de la plaza, de una plaza que no tiene ménos de 300 metros de largo, se oyen distintamente sus palabras. Los soberanos y los príncipes, los miembros del cuerpo diplomático, y las personas honradas con una mision especial, ocupan una tribuna dispuesta en el terraplen del palacio pontificio. Se notaban este año los miembros de la familia real de Nápoles; el príncipe de Wurtemberg, el príncipe Othon de Baviera, y el sobrino del virey de Egipto.

El número de peregrinos italianos ha sido verdaderamente extraordinario. Una multitud de eclesiásticos del reino que no habian podido hacer la peregrinacion a Roma desde 1860, habian venido a satisfacer su devocion. Como cuarenta senadores y cien diputados, aprovechando las vacantes del Parlamento, habian venido, llevados por esa atraccion indefinible de la Ciudad Santa, a la que ni los mismos impios pueden siempre sustraerse. Con estos sacerdotes y estos funcionarios, habian venido por millares los fieles de todas las clases de la sociedad, y entre estos fieles, se notaba, con emo-

cion, varios aldeanos de los Abruzos y de las Calabrias que llevaban la esclavina y el bordon.

Se han calculado en mas de cien mil las personas reunidas en la plaza en el momento de la bendicion; y Su Santidad ha cantado las oraciones de la absolucion en medio del recogimiento mas profundo. Cuando el Papa, llevando la tiara y levantándose de la *sedia*, levantó los brazos al cielo y entonó con la fuerza de este órgano tan puro y tan simpático: *Et benedictio Dei omnipotentis, Patris, et Filii, et Spiritus Sancti, descendat super vos, et maneat semper!* un temblor de cristiana y filial admiracion se notó en la inmensa multitud: despues, con un entusiasmo indecible, muchos se han levantado gritando: *¡Viva Pio IX! ¡Viva el Papa-Rey! ¡Lunga vita a Pio Nono!* Todos agitaban sus pañuelos; cinco músicas de los diversos cuerpos del ejército pontificio tocaban juntamente el himno de Pio IX; las campanas sonaban a todo vuelo; el castillo de San Angelo disparaba todas sus piezas, y a estos ruidos se mezclaban los relinchos de los caballos de la artillería, de los dragones, de la gendarmería, y de los numerosos carruajes que estaban en la plaza.*

Pio IX estaba radiante: a los que pudieron verlo de cerca les parecia como trasfigurado; ninguna señal de fatiga ó agitacion se notaba en su bello semblante.

La salud del Papa ha resistido admirablemente a las fatigas de la Semana Santa. Ha asistido a todas las ceremonias que tuvieron lugar en la capilla Sixtina y en San Pedro, y ha celebrado la misa como de costumbre, el día de Pascua en el altar papal de la Basílica. En este intervalo ha dado muchas audiencias. A fin de ahorrarle su tiempo y sus fuerzas, los fieles han tomado la costumbre de presentarse al Vaticano en grupos de cincuenta, cien, trescientos y hasta quinientos. Se les introduce generalmente en la sala llamada de las Cartas geográficas, a causa de los frescos que

* Se han contado cerca de tres mil carruajes en las plazas de San Pedro y Rusticucci.

la decoran. El Papa entra algunos minutos despues de ellos, toma su asiento en el trono, rodeado de algunos prelados; si tiene tiempo, pronuncia una corta alocucion y bendice a la asamblea. El 20, por ejemplo, Su Santidad se ha dignado admitir a su presencia a mas de mil doscientas personas, *ex omni tribu et lingua*, americanos en la mayor parte. Tambien habia muchas señoras, y entre otras, algunas inglesas protestantes, atraidas por aquella curiosidad pertinaz hasta la insolencia que las distingue. Una de ellas no quiso arrodillarse ni aun inclinarse miéntras que el Santo Padre daba la bendicion. Las observaciones políticas, pero perentorias de un oficial inglés católico, acabaron por triunfar de su resistencia. El Papa se dirigió especialmente a las señoras, y les recordó que ellas habian sido las primeras que vieron a Jesucristo despues de su resurreccion.

Discurso de los católicos al Papa.

Las ceremonias de la Semana Santa han atraído este año como hemos dicho, un inmenso concurso de extranjeros, los que se han manejado admirablemente. Mucha devocion, muchas conversiones, y en toda esta multitud como un soplo divino de fervorosa piedad. Era hermoso verlo. Los italianos incrédulos estaban abismados con el espectáculo que ofrecia esta Roma embarazada con huéspedes de un dia, desguarnecida de tropas, amenazada por la revolucion, y sin embargo, tan llena de orden y de tranquilidad que la comparaban al paraíso. ¡En nuestra casa, decian ellos, es muy diferente!

El 24 de Abril, una multitud de católicos se habian reunido para expresar a Su Santidad sus votos y respetos filiales. Uno entre ellos, Mr. Enrique l'Epinois, estaba encargado de leer un discurso. Hombre distinguido bajo todos

aspectos, autor de libros, que han hecho su reputacion de historiador católico, sobre todo de este gran estudio tan justamente alabado: *Del gobierno temporal de los Papas y de las revoluciones en los Estados de la Iglesia*, nuestro compatriota ha desempeñado felizmente su mandato. Su conmovido acento ha hecho estremecer los corazones, y el Santo Padre lo ha escuchado con una atencion y un placer visibles.

Ved aquí el discurso:

«SANTISIMO PADRE:

«Prosternados humildemente a vuestros piés, venimos a tributaros el homenaje de nuestro respeto y obediencia filial. En estos dias de suprema angustia, somos dichosos al acercarnos alrededor de vuestro trono sagrado, objeto de tanto odio, objeto tambien de tanto amor.

«Venidos de todos los países: de Alemania, de Bélgica, de la Gran Bretaña é Irlanda, de España, de Portugal, de Francia, de Italia, de Polonia y de mas allá de los mares del continente americano, nosotros somos por la unanimidad de nuestros sentimientos, los hijos de las naciones católicas. Podemos decir, es su voz la que habla por nuestra boca, es su corazon el que palpita con el nuestro. En efecto, no hemos venido solos. Más de uno de los que hemos dejado en la patria, han envidiado nuestra dicha; nuestros padres, nuestros amigos, retenidos allá por otros deberes, nos han acompañado con sus oraciones, con sus votos, y nos han dado una especie de mandato tácito que nosotros tenemos que cumplir.

«Cada año, Santísimo Padre, los católicos venidos a Roma de los países extranjeros os han manifestado los mismos testimonios, estimándolo como un deber; este deber nos lo hace mas caro y sagrado la adversidad de los tiempos. Sí, Santísimo Padre, cuando el abandono parece consumado, cuando la revolucion, marchando con la cabeza erguida se precipita hácia su fin, nosotros debemos por nuestros ami-

despachos oficiales de la diplomacia con la palabra que en boca semejante, termina las disputas y no deja mas lugar que a la violencia: *Non possumus*. Lo podian haber previsto; mas no habiéndolo hecho, ¿por qué han cometido el error de apelar contra el Papa, contra su conciencia, a una opinion cuya brutalidad é injusticia era mas fácil prever? Cuando Pio IX no habia podido ceder a las instancias de un gobierno que amaba, ¿podia creerse que cediese a los clamores y a las amenazas de una batahola a la cual hubieran podido entregarle mas tarde? Como hay inspiraciones y luces de lo alto contra la astucia, hay socorros de lo alto contra el temor; y su propia historia basta para recordarle que su frágil barquilla es la única que Dios no deja zozobrar. Para vencer la tempestad, no hay mas que no hacer el sacrificio que ella pide.

¡Cosa triste y humillante! exclamaba Mr. Luis Veuillot, algunos dias ántes a aquel en que el *Constitucional*, con la *deferencia respetuosa* que se le conoce, trazaba al Santo Padre sus deberes hácia la sociedad católica, y autorizaba las amenazas del *Siglo*: los diariós ingleses nos traían la relacion de un *meeting* revolucionario tenido en Lóndres, bajo la presidencia del Dr. Bernard, cabeza del complot de Orsini. Allí un orador ha declarado que el único medio de hacer una revolucion completa, *es destruir a todos aquellos que la combatan*; ha anunciado que la república futura «castigaría a las clases respetables que han hecho abortar la república de 93 y asesinado a Robespierre.» ¡Y el negocio de Mortara es el que ocupa é indigna a los diarios del gobierno frances! ¡y al Santo Padre es a quien se le han hecho oír palabras amenazadoras! ¡y es al gobierno pontificio a quien se pide que se reforme por el interés de la humanidad!

Nosotros conocemos la odiosa comedia que se representa descaradamente a la faz del mundo. Echémos una ojeada sobre los principios conocidos de los autores; veamos el cinismo de estas hipocresías.

Si fuera el emperador de Rusia el que se hubiese apode-

rado, no de un niño judío y para hacerlo cristiano, sino de muchos millares de niños católicos y para hacerlos cismáticos, con la perspectiva de ser pitos ó tambores en sus ejércitos, ¿qué dirian todos estos periodistas tan compadecidos por la suerte del jóven Mortara? Nada. Pues lo que nosotros damos como supuesto, el emperador de Rusia lo ha hecho, no con una familia, sino con una nacion: ellos no han dicho nada. Lo hace todavía, y no dicen nada, ni dirán nada, ni tendrán una palabra para los católicos de Polonia, arrancados de su hogar y de sus altares. La sangre se ha derramado, y miétras unos han muerto, los otros han insultado a los mártires.

Tienen horror de la verdad religiosa y de los que la profesan. Por mas que la herejía y el error atenten contra los católicos, lo encuentran bien. No se acuerdan entónces de este celo por la ley natural, de este respeto por los derechos de la familia que ellos afectan en este momento. No hace mucho tiempo, el protestantismo inglés dió al mundo el espectáculo de una iniquidad como las sabe cometer. Se trataba de emplear los fondos de una suscripcion general para educar a los huérfanos de los soldados muertos en Crimea. Muchos huérfanos eran católicos, muchos católicos se habian suscrito. Se apoderaron de las suscripciones de la Irlanda católica para educar niños protestantes, y se apoderaron de los niños católicos para hacerlos educar en escuelas protestantes. El arzobispo de Dublin ha protestado; ha señalado multitud de casos en que la astucia ejecutaba lo que la violencia manifiesta no hubiera podido hacer; ha nombrado a las madres y a los padres que habian engañado a fin de educar al niño ó retenerlo en el asilo cismático donde estaba encerrado. Aquí no se aplicaba una ley justa y anteriormente conocida; se violaba pura y simplemente el derecho no de una familia, sino de un pueblo: aquí habia raptó y rapiña. Se robaba el dinero de los católicos para corromper la fe de niños católicos; se burlaban las últimas voluntades de los soldados muertos en el campo de batalla;

con esta injusticia cruel é infame se pagaba su sangre deramada por la patria.

El Diario de los Debates no ha sostenido las desoladas protestas del venerable arzobispo de Dublin; no ha apelado al corazon de todas las madres. ¡El *Siglo* no ha encontrado una palabra contra estas acciones que ofendian la conciencia universal!

Hay un artículo en la religion del *Siglo* que le prohíbe disputar contra los poseedores de esclavos en América, y contra el proselitismo anglicano. Algunas veces, por pudor y como de paso, cuando la iniquidad clama al cielo, el *Siglo* y el *Diario de los Debates* se permiten una alusion, una palabra tímida contra la intolerancia herética; pero sus dardos acerados, su elocuencia, caen en gracia a los perseguidores de la Iglesia, y los reservan para usarlos contra la Iglesia misma y contra su Pontífice. Ellos aborrecen la verdad.

El jóven Mortara ha crecido bajo la proteccion paternal de Pio IX, es uno de los buenos alumnos del Seminario confiado a la Congregacion de los canónigos de Letran, de la basílica de San Pedro Advíncula, y el 12 de Abril de 1867 ha sido comisionado por sus compañeros para expresar al Santo Padre sus sentimientos de veneracion y de amor. Encontramos en una comunicacion dirigida de Roma al *Diario de Posen*, la respuesta de Pio IX a este discurso, y nos apresuramos a reproducirla. El Soberano Pontífice se expresa en estos términos:

« Me sois bien caro, hijo mío, porque os he adquirido para Cristo a un precio muy alto. Me habeis costado un buen rescate. Por causa vuestra un desencadenamiento universal ha estallado contra mí y contra esta Sede apostólica. Gobiernos y pueblos, poderosos de este mundo y periodistas que tambien son los fuertes de nuestra época, me han declarado la guerra. Los reyes mismos se han puesto á la cabeza de esta campaña y han hecho escribir por sus ministros notas diplomáticas, todo por causa vuestra. Yo paso en

silencio a los reyes. No quiero recordar mas que los ultrajes, las calumnias y las maldiciones pronunciadas por una multitud innumerable de simples particulares que parecian indignados, porque el buen Dios os habia hecho el don de su verdadera fe, sacándoos de las tinieblas de la muerte donde está aún sumergida vuestra familia.

« Se quejan sobre todo del agravio que se ha hecho a vuestros padres porque habeis sido regenerado por el santo bautismo, y porque habeis recibido una instruccion tal como plugo a Dios concedérosela. Y ninguno, sin embargo, me compadece, a mí el Padre de todos los fieles, a quien el cisma arranca millares de hijos en Polonia, ó se trata de corromperlos con su perniciosa enseñanza.

« Los pueblos, así como los gobiernos, se callan cuando yo clamo, gimiendo por la suerte de esta parte del rebaño de Jesucristo asolado por los ladrones en pleno dia. Nadie se mueve para acudir al socorro del padre y de sus hijos.» (Alocucion de Pio IX).

Algunas palabras del Papa á los protestantes.

Dotado de una gran facilidad, y proponiéndose ante todo hacer bien a las almas, Pio IX se acomoda siempre en sus piadosas exhortaciones a las circunstancias y calidad de su auditorio.

Varios diarios religiosos han dado el análisis siguiente de una alocucion que el Santo Padre ha pronunciado este año, el Jueves Santo, en San Pedro.

« MIS QUERIDOS HIJOS:

« En el tiempo en que estamos, en el que os he exhortado a todos a meditar la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo, yo veo una gran multitud, un gran número de buenos cristianos que me rodean y que me piden mi bendicion; y

aunque os confieso que esto sea una fatiga para un anciano (me dicen el anciano del Vaticano), y esto quiere decir que el Papa no es un jóven, y que no puede fatigarse mucho; sin embargo, esta fatiga me tiene contento, y experimento un gran consuelo en veros reunidos alrededor de mí. Espero que todos vosotros venís aquí por el Espíritu, y con un buen espíritu. En nuestros días pocas personas piensan en el Espíritu, se ocupan demasiado de la materia. Es menester tener espíritu de fe, y espero que con este espíritu asistiréis a las bellas ceremonias de la Semana Santa, y recibiréis la bendición del Papa.

«Hay aquí muchos protestantes que no tienen espíritu de fe, y que sin embargo quieren asistir a estas funciones; quieren ser testigos de ciertas palabras. . . . Yo ruego siempre al buen Dios por ellos, a fin de que les dé el espíritu de Verdad. Porque no hay mas que una sola Fe, no hay mas que un solo Bautismo, no hay mas que un solo Dios; pero espero que llegará un tiempo en que todo el mundo tenga la misma Fe, el mismo Bautismo, y el mismo Dios. Os recuerdo que no se debe vivir solamente para la industria, las especulaciones, las riquezas. El mundo ha olvidado el espíritu; se ha consagrado a la materia. Este mundo de que hablo, no es mio, yo no soy del mundo; no es vuestro, vosotros sois una reunion de cristianos; pero el mundo en general ha olvidado mucho al espíritu para no ocuparse sino del cuerpo. No obstante, es permitido dedicarse a los negocios, a la industria, a las especulaciones con una justa medida: un padre de familia debe industriarse para sostener a su familia; pero es menester no hacer de esto el único objeto de la vida. Por eso cuando abandoneis a Roma, que llaman la Ciudad Santa, espero que llevaréis algo bueno que os mueva, que os haga bien; pero no un bien material. Os ruego que os acordeis que no estamos aquí abajo sino para ir a Dios; que nuestro único negocio es santificarnos.

«Para santificar el espíritu, es menester pensar en el término de nuestra vida. Es necesario pensar que todos debe-

mos comparecer delante de Dios en el gran día de la muerte y dar cuenta de nuestros actos. Yo os ruego, mis queridos hijos, que os acordeis que teneis una alma. Es menester que os ocupeis de ella mas que de las riquezas, de las especulaciones, de los caminos de fierro, mas que de todas estas miserias. No está prohibido pensar en esto, se puede hacerlo cuando se le acompaña un espíritu justo y mesurado; pero, lo repito, acordaos que teneis una alma creada a la imágen de Dios, y que debe comparecer ante Él, para dar cuenta de todos sus actos: dará cuenta de una vida de noventa, de noventa y seis, de cien años; ¡se deberá dar cuenta de todo! Pensadlo bien, hijos míos, y acordaos que el espíritu es mas que la materia.

«Así, pues, tomad esta bendición para todas vuestras intenciones. Yo os bendigo, mis queridos hijos; os bendigo á todos, en el nombre del Padre que os ha creado; del Hijo, vuestro Salvador, que ha sufrido para rescataros con el precio de su sangre; del Espíritu Santo, cuyas luces descenderán sobre vosotros para daros este espíritu de fé; para haceros conocer la verdad: *Benedictio Dei omnipotentis, Patris, et Filii, et Spiritus Sancti, descendat super vos et maneat semper!*»

Las fiestas de Pascua en Roma en 1867.

Las fiestas de Pascua han sido este año en la metrópoli del mundo cristiano, mas solemnes y mas bellas que nunca.

Leemos en diversas comunicaciones de Roma los detalles siguientes:

«La afluencia de fieles a Roma, excede a las cifras conocidas hasta aquí; y se ha notado el Juéves Santo, por ejemplo, que a las mismas horas, las basílicas de San Juan de Letran, de San Pedro y de Santa María la Mayor, estaban igualmente llenas.